



POCETOS FEMENINOS

La joven bonaerense

DECIMOS bonaerense y no porteña, porque el término "porteño" es limitador y parece indicar al bonaerense que conserva cierta tradición.

La joven propiamente porteña pertenece a un grupo étnico y la bonaerense en general a muchos y distintos.

¿Es original esta joven?

Si un extranjero llegara a esta ciudad y quisiera definir, después de una regular estada en ella, a la joven bonaerense, trazaría acaso su silueta de esta o muy parecida manera:

La bonaerense es una joven de estatura mediana, sin tipo determinado, agraciada y hasta bonita, sin ser bella y deslumbradora.

Ha tomado exteriormente de la francesa y de la norteamericana detalles de vestir, más acaso de la norteamericana que de la francesa.

Su característica, a primer golpe de vista, es la de aparentar, por la elección del vestuario, menos edad de la que tiene.

Calza lujosamente. Da miedo este lujo.

Viste quizá menos lujosamente de lo que calza y con buen gusto, pero sin originalidad.

Una silueta puede ser multiplicada por mil.

La tendencia imitativa es característica. Las modas son epidémicas.

La joven bonaerense imita sin reservas a la clase social inmediata superior.

Las obreras imitan a las empleadas, las empleadas a las burguesas, las burguesas a las aristocráticas, las aristocráticas se plagian entre ellas.

La industria se ha amoldado y favorece esta idiosincrasia, imitando en artículos de costo inferior los artículos carísimos de última moda.

Uno de los tipos que mejor señalan esta tendencia imitativa, esta repugnancia a conservar la característica propia de cada clase y de cada grupo, lo da la niña de catorce a quince años, cuya indumentaria hace recordar al ornitorinco, el curioso animal que es mamífero, pero posee pico y pone huevos.

Esta niña lleva zapatos de mujer con altos tacos, vestido que apenas baja de la rodilla, sombrerito indefinido, que la bonaerense usa desde los doce a los treinta años, cabello suelto a la norteamericana, patillas rizadas, busto ceñido de señorita.

En cuanto a su espíritu, el extranjero diría, indudablemente, que carece de un rasgo violento que lo delate a primer golpe de ojo. Todo es en el matiz, inticación, rasgo aislado, personalidad contenida, ensayo, tentativa. Y aquí cerraría su juicio.

Buenos Aires es, por excelencia, la



LAS FEMINISTAS

ciudad de los grupos: no hay más que grupos sin cohesión entre sí, fluctuantes sobre la gran masa.

La joven bonaerense no ha podido escapar a las características de la ciudad, pero hay en el conjunto un rasgo sobresaliente: su timidez ideológica, más notable en la bonaerense que en cualquier otra, por su singular capacidad asimilativa.

La bonaerense vale más aislada-mente que en masa.

Es, pues, superior al medio en que se desenvuelve.

Hay que inclinarse a ver lo que tiene adentro y qué es lo que guarda debajo de su armadura, para juzgarla con justicia.

Sin esto, el juicio que merecería del extranjero sería muy pobre.

Clemenceau, en sus notas sobre la Argentina, hizo algunas observaciones acertadas en cuanto a su modalidad exterior diciendo:

"Se comprende que, en estas circunstancias, el aspecto de las aceras de Buenos Aires tenga cruelmente que sufrir la ausencia del bello sexo en acción de "footing". Parece que en Palermo, donde las aceras están felizmente libres entre las flores, los céspedes y los bosques, nuestras argentinas deberían ir a recobrar el uso dichoso de sus piernas, para preservarlas de una temible tendencia a la opulencia de las redondeces. Pues bien, no. Las conveniencias sociales se oponen a ello. Nuestros antiguos, hombres de pensamientos maduros, tenían por propósito familiar, a ejemplo de Apolo de Delfos, de que el exceso en todo es un defecto. Buenos Aires no ha llegado todavía a ese grado de prudencia, y las damas de la sociedad, no contentas con abandonarse perdidamente a la virtud, pretenden añadir a su alta fama el incitativo superior de una reputación que no podría facilitar materia ni aun para la conversación más indiferente. Para no dar pretexto a las murmuraciones, es preciso aislarse de todo ser humano, cuyo encuentro podría ser comentado, de cualquier manera que se efectuase. De aquí que el bello sexo de la capital no vaya a Palermo sino bajo la égida de una regla severa, a cuyos términos pararse en la vía pública para hablar con una señora que ha de encontrarse por la noche en un salón, es un acto de mala educación. Decididamente, no estamos en Europa".

Pero lo que escapa frecuentemente a la observación del extranjero es la capacidad contenida de la bonaerense.

Toman por inferioridad lo que es pereza, y por incapacidad lo que es timidez.

La facilidad, la despreocupación, la falta de tensión y de propósitos severos, de ambición, en una palabra, dan a la bonaerense una apariencia espiritual pobre, nunca tan pobre, por lo demás, como la que dan los hombres, vistos en conjunto y a



vuelo de pájaro por el mismo extranjero.

Sin embargo, continuamente el profesor de música, de idiomas, de ciencias, de la bonaerense, tiene motivos de asombro ante esa naturaleza perezosa tan rica que, a pesar de no estudiar nunca, sale a flote con su ya lastimosa facilidad.

¿Por qué esta naturaleza sensible, cargada de aptitudes naturales, tiene miedo de "ser"?

¿Por qué se queda como agazapada en las puertas del pensamiento, sin atreverse a entrar de lleno, dormitando a ratos, aturdiéndose otros, gastando en cosas inferiores una capacidad superior?

Tao Lao.



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar